

Ponencia

## **“Desde el feminismo afrontando la violencia contra las mujeres”**

Beatriu Masià

Tamaia. Dones contra la violencia

Felicitar a las mujeres de Granada y a la coordinadora Feminista por la organización de estas jornadas

Quisiera empezar aportando una reflexión personal sobre lo que han significado las teorías y la práctica de la relación en espacios feministas.

El contacto con el feminismo de finales de los 70 me abrió perspectivas y posibilidades que con el tiempo he podido vivir de forma intensa. Con placer y también con dolor en muchos casos, pero ni las peores experiencias de desencuentros y conflictos pueden poner en cuestión lo que el feminismo, los feminismos hemos de decir ahora, han alentado y siguen alentándome en mi crecimiento personal, profesional, y en la relación con otras y otros.

En estos más de 20 años de contacto con el tema de la violencia de género, que desde los grupos de mujeres feministas en los años 80 nombramos cómo “las agresiones a las mujeres y “la violencia machista”, en un primer momento, para posteriormente hablar de “la violencia de género” y actualmente volver a nombrar cómo “violencia machista” y 18 formando parte de un equipo de mujeres que trabaja con las mujeres que han afrontado esta violencia, en las relaciones de pareja, se me ha confirmado la percepción de que la practica feminista, no sólo es útil sino que es necesaria para poder abordar las diferentes violencias a las que se quiere someter a las mujeres, es decir nosotras sabemos lo que necesitamos y lo que no.

Es desde esta percepción que queremos compartir y reflexionar sobre la practica feminista que realizamos en el Programa de Atención para la recuperación de las mujeres que han vivido, o están viviendo, violencia machista en las relaciones de pareja.

Este programa comprende la atención telefónica, individual y grupal.

La primera reflexión parte de la premisa que considera que, en tanto que mujeres que vivimos en una sociedad androcéntrica y patriarcal, aunque en proceso de cambio, no podemos estar al margen de las diferentes violencias que nos afectan dado el carácter estructural de esta violencia.

Desde esta perspectiva nos preguntamos:

¿Cómo establecer alianzas para poder afrontar esta violencia que nos es común?

¿Que podríamos escuchar, aprender de las mujeres que están en situaciones de violencia intensa i continuada, que sea de utilidad para todas?

En las Jornadas feministas de Córdoba realizamos un taller sobre la relación que surgía entre terapeutas y mujeres que habían vivenciado situaciones de violencia, que nos permitió reflexionar, sobre la necesidad que tenemos como mujeres, de apoyo y compañía para superar las situaciones difíciles que nos trae la vida.

Se hizo evidente la necesidad del reconocimiento de la otra como sujeta que nos acompaña, y no sólo a la que acompañamos, nos pareció que este punto de partida era imprescindible para poder situarse en una relación de ayuda, o en el acompañar a otras.

Consideramos que algunas prácticas feministas han facilitado esta toma de posición, que nos ha permitido tratarnos cómo iguales cuando se nos ha querido presentar como antagonistas.

Esta toma de posición a su vez que han puesto en cuestión paradigmas patriarcales sobre la relación entre mujeres, como por ejemplo la falta de solidaridad entre mujeres, la rivalidad, y otros presupuestos que si es cierto que existen también lo es que no definen “las relaciones entre mujeres”.

Es decir, las mujeres tenemos diferencias, y a veces irreconciliables pero también podemos establecer lazos y redes de solidaridad indestructibles.

Plantearnos y cuestionar las diferencias que se suponen entre las mujeres que han vivido violencia de forma directa en diferentes ámbitos de la vida y aquellas que supuestamente nunca la han vivido nos ayuda a reconocer la violencia a la que estamos expuestas por el hecho de vivir en un cuerpo sexuado.

Esta constatación no significa que debemos situarnos en una posición de víctimas sino de encontrar mecanismos de autoprotección y complicidad para afrontar esta violencia.

Me gustaría hacer un inciso sobre este tema, ya que demasiadas veces confundimos el “ser” con el “estar”, víctima no es una cualidad del ser sino que se trata de un proceso transitorio. Una mujer puede sentirse víctima de una agresión concreta, de un conjunto de ellas y del trato recibido, ya sea des de los medios de comunicación, las instituciones e incluso de organizaciones de mujeres pero eso no significa que “ella” sea una víctima. Hay que tener en cuenta que la mayoría de mujeres quieren salir de ese “tránsito”, que se queden ancladas ahí, no depende solo de ellas de sus experiencias y vivencias, sino que demasiadas veces depende de las miradas y los recursos que se les ofrece.

Sabemos de las dificultades que conlleva para muchas mujeres, terapeutas, vinculadas a relaciones de apoyo en ámbitos sociales y de salud, incluso desde espacios de mujeres, el sentir que las mujeres maltratadas no se diferencian demasiado de las otras mujeres.

Estas dificultades a veces tienen que ver con una necesidad de defenderse de la violencia, estableciendo una distancia política y emocional que podría salvaguardar de dicho riesgo.

La ficción de esta distancia estaría relacionada con un a priori de contenidos ideológicos respecto a: ¿por qué? aquella u otra mujer han vivido esa situación.

Algunos de estos contenidos podrían tener que ver con los mitos y creencias que los paradigmas patriarcales han instaurado, focalizando los aspectos individuales como por ejemplo la dependencia de las mujeres, la debilidad, las mujeres mienten y otros, antes que los relacionados con los procesos culturales de socialización del género femenino.

Es decir la violencia contra las mujeres, se representaría como una cuestión que afectaría a “ciertas” mujeres, por lo tanto, si yo no estoy en el grupo de esas ciertas mujeres, puedo estar a salvo. Olvidando a veces que las reivindicaciones que el feminismo ha planteado a lo largo de su historia han tenido en muchos casos la función de protegernos de esta violencia.

Esa distancia, se ha promovido, y se promueve desde algunos ámbitos, de atención a las mujeres, servicios sociales, jurídicos, y en su mayor parte realizada por mujeres.

Deberíamos poder identificar los mensajes antifeministas que se ocultan bajo muchas de estas prácticas.

Uno de los efectos que esta posición ha supuesto tiene que ver con las sospechas sobre la veracidad de la palabra de las mujeres.

Las sospechas del patriarcado sobre lo que decimos y cómo lo decimos no sólo han influenciado a los enunciados teóricos del derecho sino que también a la práctica científica e incluso a las relaciones entre mujeres, haciendo que la desconfianza hacia los relatos y las experiencias de otras mujeres que han vivido la violencia pueda convertirse, dado el caso, en desconfianza también hacia una misma.

Me refiero a aquellos casos de mujeres que dudan de lo que les sucede, por qué les parece imposible que les pueda pasar a ellas.

Analizar e identificar, que nos mueve a esa desconfianza puede significar un ejercicio personal altamente interesante.

Desde nuestra experiencia en tamaia hemos podido comprobar que acercarnos a las mujeres que han vivido la violencia no sólo no nos ha puesto en riesgo sino que nos ha enseñado a sobrevivir a la violencia.

Como terapeutas feministas hemos revisado y considerado nuestras vivencias y necesidades en tanto que mujeres y nuestra experiencia con la violencia

Hemos podido compartir herramientas que nos han sido útiles con otras mujeres en su proceso de recuperación: confiar en una misma, darse el tiempo necesario para el propio proceso y poder pedir.

El trabajo realizado desde el vínculo ha permitido establecer relaciones de confianza, afecto, empatía y solidaridad, validando las diferentes experiencias de las mujeres, así como sus capacidades de resistencia y resiliencia que han podido desarrollar a pesar de la violencia.

Hemos visto que cada vez que una mujer ha vivido o vive violencia extrema, y pone en movimiento su libertad para superarla está dando mensajes muy claros y positivos a otras mujeres y también al mundo: la violencia es perversa, pero es posible y deseable vivir sin violencia.

Las mujeres nos explican cómo han sobrevivido al daño, especialmente el generado por el abuso psicológico, y ahí podemos reconocer las diferentes estrategias que muchas de nosotras, y colectivamente hemos debido utilizar para hacer frente al abuso.

El hecho de que la terapia feminista considere la responsabilidad social e institucional de la violencia estructural y simbólica contra las mujeres, pero también la de quién realiza los abusos ha sido esencial en la reparación del daño, facilitando a las mujeres salir de los sentimientos de culpa que se les ha inculcado, a la vez que tomar consciencia del daño recibido.

Hemos visto que lo que hacen las mujeres de forma individual en sus procesos de recuperación y a lo que se enfrentan, no es demasiado diferente de lo que las pioneras del feminismo reivindicaban: poder vivir en libertad.

Y es, desde esta búsqueda de libertad desde donde se han articulado las teorías y las prácticas feministas para poder ofrecer los recursos necesarios para las mujeres. Y son estas prácticas las que nos han permitido disponer de un lenguaje para poder decir las cosas por su nombre y encontrar las palabras para nombrar lo vivido.

Enunciar las diferentes violencias de forma genérica, violencia sexual, violencia institucional, violencia económica, violencia física y sus efectos en las mujeres ha permitido una comprensión del tema más allá de la estigmatización individual, permitiendo a la vez que cada mujer pueda expresar sus experiencias.

La práctica del feminismo y su posición tanto ética como política han validado las situaciones de sufrimiento y discriminación que afectan a las mujeres en el mundo, a su vez, nos ha posibilitado experimentar con el vínculo de relación, para sobrevivir a la violencia y favorecer una cultura de la paz.

El compartir y formar parte de un espacio de mujeres, Ca la dona, en Barcelona, nos ha permitido, atender a las mujeres en un espacio no estigmatizado, en el cual es posible sentir la solidaridad y el apoyo, y a la vez participar e impulsar redes que nos acompañan nos nutren y posibilitan la relación.

Creemos en la relevancia simbólica de estar en un espacio de mujeres y sabemos que esto nos da la oportunidad de contrastar pareceres, poner en juego habilidades y encontrar formas de relación y comunicación que permiten los acuerdos, pero también los conflictos.

La experiencia acumulada en estos años nos ha permitido ver la necesidad de que el abordaje de la violencia contra las mujeres incorpore los discursos y las prácticas que desde el feminismo se han divulgado y validado y que los grupos de mujeres han articulado en todo el Estado.

Este abordaje requiere situar a las mujeres en el centro, aceptar sus capacidades de decisión, confiar en su palabra, dar valor a sus acciones para resistir.

Esto significa, no sólo aceptar que los grupos y organizaciones de mujeres han hecho y hacen un buen trabajo y que ofrecen un buen modelo, sino que debemos reclamar su visibilidad, su incorporación en otros ámbitos y garantizar su continuidad.

Consideramos que es necesario ya que nos encontramos en un momento en que se están obviando y silenciando, en muchos casos, el conocimiento y las aportaciones de las mujeres en su labor de mantenimiento de la vida y contra la violencia.

Cuestionar la palabra de las mujeres ha sido una práctica constante desde el patriarcado, esto es especialmente grave en los casos de violencia machista en las relaciones de pareja. Las acusaciones de denuncias falsas a muchas mujeres, la desconsideración hacia su libertad y sus capacidades de resiliencia y cuidado de sus hijas e hijos, hace que demasiadas veces los recursos de atención no cumplan la función que deberían tener.

Las mujeres que trabajamos en relación con otras mujeres, en la atención a otras mujeres, sabemos que no podemos actuar desde la desconfianza que dicta una lógica economicista sino que cada vez que atendemos a una mujer en su proceso de recuperación estamos transformando la realidad, no sólo para ella sino para la sociedad en general.

Desde esta práctica vuelve a tomar fuerza la reivindicación de que lo personal es político y lo político es personal. Es decir, que cada vez que una mujer acude a otra para enfrentarse a la violencia y encuentra una respuesta y una escucha se teje un nuevo hilo de esta red que empezó en el mismo momento en que se cuestiono nuestra libertad para decir y decidir.

Queremos compartir con vosotras un fragmento de un poema que nos regaló Consol, una mujer que mediante la palabra tejió algunos de estos hilos.

*Fragmento de "Lancé piedras contra el cristal" de Consol S. Buendía*

El universo, mi querida mujer ambigua  
Es de las valientes, de las osadas y atrevidas  
De las que son paladines de nuevas aventuras  
Las resueltas a avanzar aunque sea cayendo  
Las audaces que no temen abrir los brazos y vaciarse  
Las determinadas a ser un infinito de posibilidades  
Las leonas en la selva del aburrimiento  
Las estoicas ante los mordiscos de la vida  
Las invencibles que se renuevan a golpe de inspiración.  
Las que no preguntan si amar es una tontería,  
Sino que aman sin porqué.